

ct

Corredera

Drama en doce cuadros

de

Miguel Ángel Martínez

(fragmento)

"Juan es el símbolo libre
en una patria de rejas"
Romance del Corredera, Pedro Lezcano

"A cane muto et aqua silente cave tibi"
(Guárdate del perro que no ladra y del agua silenciosa) Proverbio latino

DRAMATIS PERSONAE

JUAN GARCÍA, EL CORREDERA.

PACO, hermano de Juan.

ANTONIO, hermano de Juan.

PINO, hermana de Juan.

PILDAIN, obispo de Canarias.

MARÍA FUENTES, amante de Juan.

«FARO DE MASPALOMAS», amigo de Juan.

TRUJILLO, carnicero de Telde y falangista.

GERMÁN, falangista.

CAPITÁN MÉDICO.

PADRE LUIS, sacerdote secretario de Pildain.

ROSA BORDÓN.

MANUEL PEÑA, cabo de la guardia municipal y amigo de Corredera.

«ENRIQUE», guarda forestal.

ALFONSO CALZADA FIOL, abogado.

BERNARDO SÁNCHEZ BASCUÑANA, verdugo.

NOTA: El reparto de los personajes puede ser concentrado en cuatro actores y una actriz de la siguiente manera:

ACTOR 1: JUAN.

ACTOR 2: PILDAIN.

ACTOR 3: CAPITÁN MÉDICO, TRUJILLO, PACO, PADRE LUIS, ANTONIO, ALFONSO CALZADA.

ACTOR 4: GERMÁN, «FARO», MANUEL, «ENRIQUE», BERNARDO.

ACTRIZ 1: PINO, MARÍA FUENTES, ROSA BORDÓN.

La acción dramática transcurre en diversos lugares de Gran Canaria entre 1936 y 1959.

1

Luz. Depósito de cadáveres de la Prisión Provincial de Las Palmas. Sobre una camilla en el centro de la escena yace el cadáver de JUAN GARCÍA SUÁREZ, EL CORREDERA. Lo cubre una sábana hasta los hombros. Después de unos instantes aparece el CAPITÁN MÉDICO. Lo observa un momento y le cierra los ojos. Avanza y enciende un cigarrillo. Fuma y habla. Detrás de sus palabras puede escucharse el aullido lastimero de un perro lejano.

CAPITÁN MÉDICO

Don Francisco Rosas Surich, Capitán Médico con destino en el Regimiento de Infantería Canarias Nº 50, certifico: que en cumplimiento de la orden recibida del señor Teniente Coronel, Juez Permanente del Gobierno Militar de esta Plaza, he reconocido el cadáver de Juan García Suárez, hijo de Juan y de María, natural de Telde, mayor de edad, casado, apreciándose en el mismo los signos de muerte real por ejecución. Y para que conste y surta efectos donde convenga, expido el presente en Las Palmas de Gran Canaria a 19 de octubre de 1959.

(Le cubre el rostro a JUAN. Van cesando los aullidos con el Oscuro.)

Luz. Celda de JUAN GARCÍA unos días antes de su ejecución. Luz. JUAN tiene 46 años, lleva el brazo en cabestrillo¹. Es un hombre sencillo y austero. A falta de estudios, su inteligencia se revela por su sentido común, su intuición y dotes de observación. De su largo tiempo vivido en las soledades de la naturaleza le queda el habla calma, serena y sincera del ermitaño. En algunas ocasiones apunta hacia la nostalgia y en otras a la ironía, pero bajo todo ello late un espíritu contestatario a la injusticia que lo lleva a actuar irreflexivamente. Ha sido criado bajo el signo matriarcal del campo canario y tiene muy acentuado el sentimiento familiar. En definitiva, JUAN GARCÍA sería el protagonista ideal de una novela de Delibes trasladada a la realidad rural de Gran Canaria. Hablará en este cuadro al público como si este fuese el obispo PILDAIN y siempre mostrará en todo momento una resignada y digna entereza. Cualquier señal de flaqueza a causa del miedo a la muerte debe ser desterrada.

JUAN

Muerto el perro, se acabó la rabia. (Pausa.) Por muchos latines que pueda usted echarme encima nada me pintaría mejor que este epitafio. (Pausa.) Anoche, después de tanto tiempo y tantas cosas volví a escuchárselo a mi madre. (Pausa.) Estaba sentada en el rincón de la casa donde se ponía a coser. Tenía en su regazo la chaqueta que me ponía para salir de cacería. En sus manos había dos alas; una no sé si de gaviota o pardela, pero la otra sí que era de murciélago. Nunca la había visto tan triste. ¿Qué le pasa madre? No me queda hilo, mi hijo, y tampoco sé dónde dejé la aguja. No llore, le dije, para qué necesito eso yo ahora. Es verdad, me sonrió y me acarició la mejilla con sus manos de pluma, ¿para qué?, mi niño, si muerto el perro ya se acaba la rabia. (Pausa.) Entonces escuché unos ladridos a mi espalda. Era Rober. Estaba esperándome en la puerta, loco por salir a cazar. Eso fue todo. (Pausa y transición.) Cuando usted me pidió que me confesase para no llevarme todo el mal que he vivido, que he pensado y, sobre todo, el que he hecho, no sabía por dónde empezar, pero hoy me desperté sabiendo que una madre es el mejor comienzo posible. A fin de cuentas, ellas están en el principio de cada hombre y, ya ve, don Antonio, la mía también está en mi final. (Pausa.) Mi madre era una mujer pequeña y fuerte que solía tener una frase pequeña y fuerte en la boca, de esas que todo el mundo entiende porque son la pura verdad. Gracias a ella supe hacerme pequeño y fuerte, viviendo por las cuevas de Las Medianías, luego mezclándome con la gente, trabajando con otro nombre en la factoría Lloret y Llinares de Guanarteme. Allí fui el hombre de María Fuentes, una mujer que me quiso y a la quise tanto que la tuve que abandonar. (Pausa.) En Telde me empleé como jornalero. Por entonces ya me creía un hombre tan pequeño y fuerte entre los demás como una aguja en un pajar. Era un hombre menguante e invisible los sábados en el Mercado Municipal, en las ferias de ganado, en los bares y los bailes de amanecida. Incluso algunos días iba a pescar y a cazar con mis hermanos y mi perrillo perdiguero. Se llamaba Rober. A veces

¹ En todos los cuadros que hable con PILDAIN, llevará el brazo en cabestrillo, del que se desprenderá una vez empiece a interactuar con otros personajes, ya que esas acciones pertenecen a momentos anteriores al disparo que lo hiere. En el último cuadro aparecerá con el cabestrillo en todo momento.

nos cruzábamos con guardias y nos saludábamos y todo. Claro, yo todavía no había matado a nadie y en nosotros los guardias no veían otra cosa que un hombre y un perro de caza comunes y corrientes. Pero el *Rober* no era ni común ni corriente, no señor. No solo sabía cazar como ningún otro, sino que más de una vez me salvó de que me cazasen. Fíjese si el animal era listo que pegaba un ladrido cuando se acercaba la Guardia Civil y dos cuando eran los falanges. (*Pausa. Sonríe.*) Como se lo cuento: un ladrido si aparecía el uniforme verde, dos si era azul. (*Ríe.*) Mi hermano Paco me decía que cómo iba a ser eso, que los perros no distinguen colores. Puede ser, le respondía, pero en todo caso el *Rober* aventaba un rato antes que yo el olor a ron y Varón Dandy que sueltan los falanges y el de café y tabaco negro de los civiles. Y ese tiempo es justo el que se necesita para ponerse a salvo. (*Pausa y transición.*) Pero ni el bueno del *Rober* pudo olerse nunca es que si yo estaba buscándome la vida, la muerte no dejaba de buscarme a mí hasta debajo de las piedras, siguiéndome y persiguiéndome sin prisa pero sin pausa hasta que al final ha dado con mis huesos en esta celda. (*Pausa.*) En todo caso, no pienso malgastar los pocos días que me quedan esperando clemencia de un hombre que mata con una firma a sangre fría. Solo aspiro a que el verdugo mantenga el pulso igual de frío y firme cuando me atornille la nuca. Lo mejor de una aspiración fácil y sencilla como esta es que me deja mucho tiempo y tranquilidad para acordarme de mis mujeres. Ya le digo, de las manos de mi madre. Y de los ojos de María Fuentes. Y también de la voz de Pino, de mi hermana Pinito, que era la que más se parecía a mi madre, quizá porque era la pequeña de la casa y decía siempre las verdades altas como puños. (*Pausa.*) En fin, don Antonio, tome usted mi confesión, que ellos ya tienen al perro en el que matar toda su rabia.

(*Oscuro.*)